

RACISMO E IDENTIDAD

(Publicado en El Deber el 18 de mayo y en Los Tiempos el 24 de mayo de 2003)

Rubens Barbery Knaut

La necesidad de tener una identidad colectiva lleva a la utilización de clasificaciones reduccionistas a grupos que por su naturaleza heterogénea no pueden ser catalogados como únicos. Esto se hace aún más evidente cuando nos percatamos de que aún un mismo individuo puede ser percibido con valores completamente opuestos. La subjetividad es lo que caracteriza al humano (José Bergamin señala que “si me hubieran hecho objeto, sería objetivo. Pero como me hicieron sujeto, soy subjetivo”) y por lo tanto no existe una sola verdad.

La búsqueda de atributos que nos permitan comprender la realidad es una necesidad humana, pero la utilización de esas percepciones para etiquetar a grupos es el principio de la intolerancia. La búsqueda de aliados con características similares responde al miedo que nos permita enfrentarnos frente a la amenaza de lo distinto, de lo diverso, y por lo tanto de lo incomprensible. Es el dogma que impera sobre la razón y que cohesiona al grupo, no por sus similitudes, sino por sus diferencias con aquellos ajenos al grupo. Tal es el razonamiento del racismo.

La construcción de proyectos políticos (como los del Mallku, Evo Morales y la Nación Camba) en base a este tipo de clasificaciones generales solo pueden tener como instrumento la violencia para poder surgir. Se alimenta del odio hacia lo ajeno, en la búsqueda de culpables (los collas, los blancos, los gringos, los ricos, etc.) de “nuestros” males y desgracias. Las posturas radicales y los discursos incendiarios siempre han sido la forma más atractiva – no necesariamente responsable – de llamar la atención de la sociedad. Es la imposición bulliciosa de lo “nuestro” a lo de “ellos” y la utilización del dogma como categoría moral de lo “bueno” versus lo “malo”.

La estrategia política encuentra cultivo en especial en sociedades donde la confusión generalizada es la que impera y en donde no existen líderes (si algunos caudillos) que puedan orientar adecuadamente el debate. En este escenario la propuesta más radical parece ser la más clara reflejando solamente la necesidad de creer en algo, de pertenecer a algo, sin importar la racionalidad o coherencia de los argumentos. La forma de operar más práctica y más convincente frente a la confusión es salir corriendo, escapar a la realidad, aunque esto signifique destruir lo existente.

Aquellos que no estén de acuerdo simplemente son los herejes “enemigos de la cruceñidad”, “explotadores de las clases oprimidas”, “imperialistas”, “defensores del modelo neoliberal”, y demás frases dignas de la Inquisición. La solución: ¡A la hoguera con los disidentes o a comprar cara la indulgencia!